

JOSEFINA GÓMEZ MENDOZA^a

JOAN MATEU, GEÓGRAFO DE LOS PAISAJES FLUVIALES

JOAN MATEU,
GEOGRAPHER OF FLUVIAL LANDSCAPES

Joan Mateu es para mí tan querido amigo como gran geógrafo. Es quien me ha dado ocasión de visitar, conocer y entender tantos paisajes valencianos, y de experimentar “el puro goce del campo”, como escribe el autor de unos apuntes de viaje *Por el Júcar*, el profesor institucionista Eduardo Soler y Pérez, que Mateu ha reeditado con otros compañeros.



Figura 1. Joan Mateu muestra la altura de la acreción sedimentaria en la Ermita de Ternils (Carcaixent). Excursión del XII Congreso Nacional de Geografía celebrado en Valencia en 1991.

^a Profesora emérita, Universidad Autónoma de Madrid.

Los geógrafos de mi generación, los que presentamos nuestras tesis doctorales en los años setenta del siglo pasado, disfrutamos del enorme privilegio de que, con motivo de los congresos de geografía, nuestros jóvenes compañeros de la universidad organizadora nos llevaran de excursión a las zonas que conocían bien. Las explicaban con entusiasmo, tanto más si eran territorios de sus tesis de doctorado, y también con sentido de la responsabilidad: no se podía descartar que a algún maestro de entonces se le ocurriera enmendar un poco la plana. Fue en una de ellas, en el XII Congreso de Geografía de la AGE que se celebró en Valencia, cuando yo conocí a Joan Mateu, quien, junto con Pilar Carmona, nos explicaron sobre el terreno las inundaciones en las riberas del Túria y del Xúquer: era el año 1991, la catástrofe de Tous había ocurrido en 1982. Nunca he olvidado su imagen: frente a todos los que le escuchábamos, de espaldas a una puerta ojival, señalando con las manos la altura alcanzada por la acreción sedimentaria histórica, haciéndonos pensar en las fuerzas de la naturaleza. A mí me abrió un mundo y me cambió en parte algunos esquemas de la interpretación del relieve. En efecto, ocurría entonces algo que hoy puede parecer increíble, y que ya pocos geógrafos recordarán: se daba una cierta incompreensión mutua, incluso una competencia relativa, entre los geomorfólogos más estructuralistas y los más dinámicos. Bastantes de los geógrafos del interior, por obvias razones de interpretación meseteña, propendíamos más a la postura de que “las morfoesculturas estaban subordinadas a las morfoestructuras”, en expresión célebre de entonces. En aquella excursión de 1991, Mateu nos presentaba otros horizontes y perspectivas. Había publicado ya, diez años antes, un estupendo artículo sobre el llano de inundación del Xúquer, y dos años después se editaba la que había sido su tesis doctoral sobre el norte del País Valenciano, geomorfología litoral y prelitoral. A mí también me deslumbró el hecho de que hubiera acompañado a Karl Butzer, el geoarqueólogo, en sus trabajos sobre el litoral valenciano, cuyos artículos había leído yo con mucho respeto, para mi modesta investigación sobre las terrazas del valle bajo del río Henares.

He evocado esta primera ocasión, pero quiero añadir otra más reciente en la que también pude disfrutar de la maestría geográfica de Joan. Fue en 2009, con motivo de un trabajo de campo con nuestros alumnos de máster por el Baix Maestrat de Castellón que concluyó en Morella. Fueron unos días memorables de descubrimiento de los paisajes agrarios tradicionales, de los sistemas de riego antiguos y modernos, de los emplazamientos de pueblos y ciudades. Recorrimos primero la Plana de Castellón, el corredor de Borriol para adentrarnos en las montañas prelitorales; nos emocionamos entre los olivos milenarios, la Vall d'Alba y sus caseríos, el extraordinario paseo arbolado de la Pelejana, la Muela de Ares, desde cuyo mirador, aquel día, todo era niebla; el maravilloso paisaje de bancales de las laderas, a veces aprovechando la roca viva calcárea, otras con el soporte de muros secos; el puente romano, para emprender después la espectacular subida a Morella, ya con una luz resplandeciente. Al repasar las muchas fotos de aquel viaje, con la ayuda de Concha Sanz, otra de las profesoras del máster, me asaltan tres pensamientos bastante melancólicos: el primero es el temor de que, por la lógica de frenar el cambio climático con energías renovables, estén a punto de llenarse, esos y también otros magníficos territorios, de parques eólicos, de cientos de aerogeneradores: ya está en fase de aprobación el impresionante proyecto de 19 unidades del llamado Clúster Maestrato o los programados para las tierras altas de Teruel. También siento melancolía, en un orden de cosas diferente, al pensar que se van a perder todas nuestras colecciones de fotografías, las de unos geógrafos del último tercio del siglo xx que tuvimos

realmente la oportunidad de captar las fases de la transformación (en gran parte artificialización) de la “piel de España”, como decían los cursis. Son miles y miles de diapositivas (de los años anteriores a la digitalización) de tantos y tantos paisajes naturales y agrarios, tan coherentes con la naturaleza; también de ciudades que conservaban gran parte de sus rasgos originarios, convertidos muchos ya hoy en lo que el propio Mateu llama “paisajes del olvido”.

Y la tercera cuestión que me suscitó esta revisión, en este mundo actual de millones de selfis al día, es el hecho de comprobar qué pocas fotografías de personas tenemos, qué pocos retratos de amigos y compañeros. Se imponía economizar carretes, cada foto importaba, y no las íbamos a desperdiciar con nosotros mismos, incluso a veces, cuando aparece alguien, es solo para dar la escala. Dice Mateu, al comentar los valiosos archivos fotográficos de la Confederación del Júcar, que a los ingenieros les guiaba el pragmatismo y no hacían muchas concesiones a la estética, y, sin embargo, en sus fotografías está el testimonio de cómo eran los paisajes anteriores a la ejecución de las obras. Nosotros, los geógrafos, sí admitíamos la estética, pero fundamentalmente en las perspectivas lejanas cuyo fin era capturar el cuadro entero del paisaje; o, al contrario, en las cercanas, con el objetivo de captar detalles significativos: de los usos del suelo, de construcciones singulares de los sistemas agrícolas, de las poblaciones locales, de la edificación y de los indicios de transformación. Qué gran contradicción con el universo infinito de imágenes personales de ahora.

En la gozosa conversación geográfica que hemos mantenido Joan Mateu y yo a lo largo de tantos años, hemos compartido el mismo entusiasmo por la construcción del paisaje por parte de los ingenieros: él, por la ingeniería de caminos y en particular de la hidráulica, y, yo, más modestamente, por la forestal, por cómo se importó una silvicultura sajona que poco se adecuaba al monte mediterráneo. Llama mucho la atención que en su tesis doctoral sobre geomorfología mediterránea litoral y prelitoral (en realidad contiene tres tipos de paisajes, las estrechas llanuras costeras, las montañas prelitorales y las tierras altas) Mateu proyectara ya, sobre las gargantas y los congostos de los ríos, la idea del potencial hidroeléctrico que encerraban y de cómo se iban a incorporar a las tramas productivas; en suma, cómo iban a usarse al ambicioso proyecto del ingeniero y del empresario. Me atrevo a decir que la obra de más trascendencia de Joan Mateu está contenida entre esos tres términos que la circunscriben, agua, ingeniería y territorio, y que, por cierto, dieron lugar a un magnífico número de *Cuadernos de Geografía* que él coordinó.

He tenido en mi vida profesional la suerte de formar parte de los tribunales de muchas tesis doctorales, a veces me pregunto cuántas, al menos un centenar, aunque soy incapaz de recordar todas. Joan Mateu me ha honrado invitándome a participar en bastantes de las que él ha dirigido: recuerdo muy bien la de Javier Esparza sobre la arquitectura popular valenciana; la de Ferri sobre la obra pública durante la formación del Estado liberal, y la labor del Cuerpo de Ingenieros del Estado, como verdadero “ejército de la paz”. Por ser más reciente, de 2017 y con el profesor Rosselló como presidente de la Comisión, me acuerdo especialmente de la de Iván Portugués sobre la transformación del Túrria en Valencia (1897-2016), “de cauce torrencial urbano a corredor verde metropolitano”. Conservo el informe “razonado” que piden a los miembros del tribunal para autorizar la lectura, en el que digo que están muy bien entendidas la secuencia de la evolución del río, desde la fase suburbial de principios del siglo xx, con la respuesta rotunda, técnica y política, hasta la riada de 1956, con el desvío del río y la integración del

viejo cauce en la ciudad, lo que entraña sin duda ventajas, pero también excesos. La evolución del río funciona realmente como “espejo de Valencia”, el espejo de una historia urbana apasionante. Pocos años antes, Joan Mateu y Portugués habían publicado un muy interesante artículo, “Río y Suburbio”, y mi amigo Joan me había hecho el honor de encabezarlo con una frase de mi discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, sobre el hecho de que la ciudad moderna quiere expulsar la naturaleza hasta sus confines, pero no lo logra del todo. Se lo agradecí entonces, se lo agradezco ahora.

Una de las cosas que más le gustan a Mateu, como a mí, y en eso también coincidimos, es poner a dialogar los ensayos de pensamiento filosófico con los del mundo natural y cultural, a propósito de los paisajes. De ahí su iniciativa de editar, en 2008, en colaboración con Nieto Salvatierra, el libro *Retorno al paisaje*. De ahí también su labor de recuperación de viajes, lecturas y reflexiones sobre el paisaje como la del jurista Eduardo Soler al recorrer el valle del Xúquer. A él consagró Mateu la lección magistral de la inauguración del curso 2006-2007 en su Universitat de València, y la tituló “Paisaje y docencia”. A mi juicio, son palabras que también lo retratan a él: paisaje y docencia describen también su trayectoria docente e investigadora. Le deseo al querido amigo muchos más estudios de paisajes, y que nos los siga narrando para, como dice uno de sus autores preferidos, “subyugarnos el ánimo”.

Cómo citar este artículo:

Gómez Mendoza, J. (2022). Joan Mateu, geógrafo de los paisajes fluviales. *Cuadernos de Geografía*, 108-109 (2), 921-924.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

